

COLECCIÓN NOEMA



Título:

El libro de la salsa. Crónica de la música del Caribe urbano.

© César Miguel Rondón, 1978, 2004, 2017

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2017

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: junio de 2017

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16714-19-3

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Diseño TURNER sobre la carátula del disco “Fania Records 1964-1980”

Depósito Legal: M-16708-2017

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

A César Ignacio, María Bárbara, Victoria Eugenia,
Andrés Miguel y María Antonieta,
el mejor y más importante
de los combos que jamás oí...

Y a Floralicia, al frente de la banda,
por la más feliz de las músicas...

A Adry, por muchas razones musicales
que van más allá de la música;
al Flaco, por las nociones
de una ciudadanía especial, la del Caribe;
y a los músicos, por todo lo demás.

Salí de casa una noche aventurera
Buscando ambiente de placer y de alegría
¡Ay mi Dios, cuánto gocé!
En un sopor la noche pasé,
Paseaba alegre nuestros lares luminosos
Y llegué al bacanal.
En Catalina me encontré lo no pensado,
La voz de aquel que pregonaba así:
Échale salsita, échale salsita,
Échale salsita, échale salsita.
IGNACIO PIÑEIRO, *Échale salsita*

No creas que porque canto
Es que me he vuelto loco.
Yo canto porque el que canta
Dice mucho y sufre poco.
JUSTO BETANCOURT, *Pa' bravo yo*

Óyelo que te conviene.
EDDIE PALMIERI

Venga América Latina,
Vámonos a guarachear.
RUBÉN BLADES, *Los muchachos de Belén*

ÍNDICE

Prefacio-coda a esta edición	xiii
Prefacio a la edición de 2004	xxi
Prólogo, por Leonardo Padura Fuentes	xxiii
1. Salsa cero (o cero salsa)	
1.1. Años cincuenta	1
1.2. Años sesenta	13
2. Salsa uno (o una salsa)	
2.1. Es la Cosa...	23
2.2. El sonido Nueva York	37
2.3. Nuestra Cosa Latina	55
2.3.1. La banda	58
2.3.2. Las voces	69
2.3.3. La película	76
3. Salsa dos (el boom)	
3.1. La Cosa en montuno	87
3.2. El boom	131
3.2.1. Las Estrellas de Fania	136
3.2.2. Las otras estrellas	203
3.2.3. Entre lo típico y lo moderno	226
3.2.4. Puerto Rico	244
3.2.5. Las charangas	270
3.2.6. Un compositor y un cantante	288
3.2.7. El caso venezolano	322

4.	Salsa tres (todas las salsas)	
	4.1. La otra cosa	353
	4.1.1. Tradición y vanguardia	367
	4.1.2. Quisqueya	388
	4.1.3. Los líderes	401
	4.1.4. Un compositor cantante	416
	4.2. Todas las salsas	431
5.	Coda	
	Un cuarto de siglo después	437
	La rumba sin fin	461
	Discografía básica	469
	Agradecimientos	473
	Índice onomástico	475
	Créditos de las fotografías	489

PREFACIO-CODA A ESTA EDICIÓN

Trece años después de la coda que cierra este libro, la nueva edición española de *El libro de la salsa* me obliga a un nuevo balance. Cuestión de actualizar, se entiende, lo acontecido en el periodo. Pero poco en realidad ha cambiado. ¿Es que acaso se estancó el proceso? ¿Es buena o mala esa extraña parálisis? Por un instante no hay respuestas. Toda parálisis conduce, indefectiblemente, a una muerte, a una desaparición. Pero de la incertidumbre salimos una vez que entendemos que esperábamos cambios donde no tenía por qué haberlos. Me explico: cuando en 1979 puse punto final al texto original de este libro, creía, de manera militante y sin duda ingenua, que la salsa terminaría siendo una suerte de carpa gigantesca y generosa que le brindaría cobijo a todos los géneros existentes y por existir en la música del Caribe urbano. De allí el esperanzado capítulo final “Todas las salsas”. Pero cometí un importante error de apreciación: un género vale por sí mismo sin necesidad de apadrinar a otros que, en no pocos casos, van en contra o niegan al mismo género original.

Así, por ejemplo, la salsa erótica más que salsa mala o floja, era, en realidad, la negación de la salsa brava –o auténtica– que la antecedió. Siendo así, un concepto tan amplio y generoso como el de “todas las salsas” terminó estrellándose contra una realidad mezquina. Salsa erótica no es salsa. Punto. Como tampoco lo es el merengue, en cualquiera de sus variantes. Ni es salsa lo que hace Guaco, por más que en la riqueza y variedad musical de esta banda se encuentre mucho del son y la bravura de la salsa de los setenta. Cada cosa en su sitio, y cada género con su ritmo, potencialidad y calidad en su lugar. No hay tal parálisis, mucho menos muerte.

Cuando la segunda década del nuevo siglo ya enfila su recta final, el melómano caribeño entiende que hay muchas expresiones de la

región que conviven sin mayor inconveniente, y que él puede moverse a placer entre ellas, solapándolas o sustituyéndolas, según su antojo, pero nunca confundiéndolas. Así, el tan comercial *reguetón* de este último lustro goza de un público que, en determinado momento del entusiasmo y la noche, cambia el norte y enfila hacia la salsa, ahora también calificada como “brava” o “dura” o “cabilla” o, simplemente, “vieja”. Porque, aunque resulte extraño o insólito, después de la “erótica” y la bastardización que ella supuso, buscar apellidos se hizo necesario. De manera que la salsa, sin apadrinar ni darle cobijo a nadie, mantiene su espacio inmenso y privilegiado, en la cima, en el rico y contradictorio universo de la música caribeña. Aunque ella, está claro, ya no es la única que canta el Caribe urbano de hoy.

Aclarado el punto, zambullámonos, entonces, en la salsa de estos últimos trece años. La producción disquera, como en los años precedentes, siguió siendo escasa. Pero en la que salió a la calle hay que considerar logros mayúsculos como, por ejemplo, La Orquesta Latino-Caribeña, del Sistema de Orquestas Infantiles y Juveniles Simón Bolívar. Este sistema, fundado en Venezuela en 1975 por el maestro José Antonio Abreu durante la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez, y famoso mundialmente gracias, entre otros, a la descollante figura del director Gustavo Dudamel, no se ha limitado, en los últimos tiempos, a la conformación de grandes orquestas sinfónicas para la música académica. En el esquema han incluido agrupaciones de música folclórica, *ensembles* afro-venezolanos, *big bands* de jazz, “sinfónicas de rock” y esta singular “Latino-Caribeña”. Bajo la dirección del percusionista Alberto Vergara, esta orquesta tiene una dotación de siete trompetistas, igual número de trombonistas y diez saxofonistas. Una desmesura si lo comparamos con el esquema convencional, al estilo de Tito Puente o los Afrocubans de Machito, de tres trompetas, par de trombones y, a lo sumo, cinco saxos. Pero la cosa se extralimita con doce músicos en la sección de percusión que se ocupan de congas, bongós, timbales, maracas, guiros, quijadas, claves y cuanto elemento percusivo haya concebido el temblor musical del Caribe. Además, piano, bajo, guitarra y un cuerpo mixto de seis cantantes. Esto nos da un total de casi cincuenta músicos –contra los veinte que

en caso extremo tendría una *big band* convencional– produciendo una música de un volumen y una densidad –“gordura”– desconocidos en esta expresión. Pero es importante acotar que no se trata de más músicos para más volumen. Tales “engordes” suelen traducirse en falta de dinamismo, en pesadez, como ocurre con frecuencia cada vez que se hace el experimento, generalmente pretencioso, de poner una orquesta sinfónica a respaldar una banda de música popular. En estos casos la “gran orquesta” se convierte en una camisa de fuerza que asfixia y limita a la expresión original. La lenta majestuosidad del elefante contra la agresiva liviandad de la pantera. Pero aquí hablamos, y hay que oírla, de una pantera gigante, atacando con un mismo ímpetu, con idéntico *swing* y arrolle, como si se tratara de un sabroso combo esquinero. Semejante alarde se logra gracias al virtuosismo, como solistas, de todos y cada uno de los jóvenes integrantes de esta orquesta gigante. A la fecha solo han logrado publicar un disco, y el mismo es pieza imprescindible, única y de colección para cualquier amante de esta música.

Alberto Vergara, como tantos venezolanos de estos tiempos crueles y menguados, se sumó a la diáspora: emigró. Y después de varios breves interinatos la dirección de la Latino-Caribeña quedó, afortunadamente, en las manos y el talento de Alfredo Naranjo, del que se habla en este libro. Pero el crecimiento artístico de este talentoso músico –vibrafonista, timbalero, compositor, arreglista– ha sido de tal dimensión en estos últimos años que, sin duda, hay que considerarlo entre los grandes líderes de la expresión en este nuevo siglo en todo el Caribe y sus cercanías salsosas. Su banda, El Guajeo, no ha dejado de producir importantes y sabrosos discos, caracterizados por osados arreglos que igual van del jazz al rock o al folclore. Como ejecutante ha acompañado a los nombres más resaltantes del género en toda la amplia extensión de esta latitud musical, y, en la euforia de un concierto feliz, Cheo Feliciano lo proclamó como el mejor vibrafonista de la salsa. Nadie todavía lo ha desmentido.

Durante unos cuantos años Naranjo se radicó en Colombia. Su paso por estas tierras se hizo sentir y dejó huella. Y emigró a la nación vecina porque, en estos primeros lustros del XXI, Colombia pasó a

convertirse en la meca alternativa de esta música. Como antes lo fue Puerto Rico, Caracas en su momento y sobre todo Nueva York en los setenta, Cali y especialmente Bogotá se volvieron ciudades plena y definitivamente salsosas. Allí estaban los sitios que consagrarían y brindarían sustento a los músicos, los ambientes deseados por melómanos y bailadores, sin concesiones a modalidades “eróticas” y demás blandenguerías. Salsa buena, dura, brava y frontal. Mucho de la mejor producción de este periodo viene de Colombia, hecha por colombianos o por músicos caribeños radicados allí.

Cuba, en el periodo, gozó del oxígeno de una apertura cada vez más fluida: entraron turistas, dólares y todo tipo de influencias, y de la isla salieron estilos, músicos y no pocas novedades. Hasta Barack Obama, todavía en la Casa Blanca, bailó con Michelle en La Habana. El Grupo de Pedrito Martínez, por ejemplo, un atrevido e insólito cuarteto de piano, bajo y percusión, pudo lucirse a sus anchas en Nueva York mientras las portadas de los discos mostraban a los músicos en humildes calles habaneras. Y el caso de Martínez, sin duda, está lejos de ser único y exclusivo. Ciertamente, ninguno de estos músicos usó el término “salsa” para definirse; semejante precisión, sin embargo, resultaba innecesaria: melómanos y bailadores sabían muy bien cómo llamar la música que gozaban. Aquí sugiero, por favor, leer de nuevo las últimas frases del último capítulo de este libro.

En Nueva York, el vigor de la expresión siguió alimentándose de manera fundamental, como en aquellos tiempos iniciáticos de la posguerra y el *bee-bop*, cuando Mario Bauzá presentó a Gillespie y a Chano Pozo, del manantial inagotable del jazz. Ante la poca y aburrida producción de orquestas propiamente salsosas, los esfuerzos de esos mismos músicos en agrupaciones jazzísticas resultaron mucho más interesantes. Y en este universo, pisando por igual los territorios del baile salsoso o del jazz salseado, el maestro Eddie Palmieri siguió ejerciendo como el líder supremo, el gran tótem admirado, seguido y respetado por todos. Al momento de teclear este recuento, Palmieri recién ha publicado su primer disco en unos cuantos años: *Sabiduría (Wisdom)*. La crítica lo ha recibido con aplausos. El maestro, apoyado en un combo breve, ha convocado a algunos de sus viejos socios

—el saxofonista barítono estadounidense Ronnie Cuber, el violinista cubano Alfredo de la Fé, por ejemplo—, y con ellos ha desarrollado un repertorio que toma del ayer (una sorprendente reedición de “La libertad lógico”, ahora rebautizada y reconcebida como “The Uprising”) para plantar banderas que bien podrían orientar futuras sendas. El tema que le da nombre al disco es una buena muestra. Cuando el maestro rinda el testigo, sobrarán manos y talentos para tomarlo, ha dejado una escuela numerosa en su pateadero del Bronx neoyorquino.

La isla de Borinquen, mientras, como una privilegiada burbuja aislada en el tiempo, siguió bailando al son de orquestas ya añejas pero siempre vigorosas como El Gran Combo, Roberto Roena, Sonora Ponceña y Willie Rosario. Todas a un lado del trono que no abandonó Gilberto Santa Rosa. Ninguna de las bandas vanguardistas reseñadas trece años atrás, empero, logró una supervivencia estable. Los jóvenes, a decir verdad, prefirieron estridencias de moda al estilo del reguetón y el hip-hop. Las vanguardias, es enseñanza de siglos, no germinan fácilmente en la gran masa.

Y, ya que menciono estas “estridencias” (y disculpen, por favor, los prejuicios del calificativo; fui joven en el libro original, ya no tanto por más del esfuerzo), he de volver, con la prudencia del caso, sobre los conceptos que, a lo largo de todas estas páginas, las de ayer y las de hoy, expuse a propósito de las diferencias entre la auténtica música popular y aquella, pasajera y de poco arraigo, endeble, que se impone desde los grandes medios de la llamada industria cultural: la música de moda también conocida despectivamente como “comercial”. Me he preguntado en estas reflexiones por qué Gardel no perece. No es cuestión de popularidad, es cuestión de raíz e identidad. El misterio del espejo inesperado ante nosotros. El tango está allí, tradicional o moderno, pero tango al fin. Cambian los tiempos y las generaciones, los modos, las interpretaciones de las dificultades vitales y las esperanzas, los sentires y las expectativas. Pero tanto un tango como el otro vienen de lo mismo y apuntan a lo mismo: un auténtico sentir popular, una auténtica necesidad de expresión popular, entrañable. Por eso, insisto, unas expresiones “de moda”

pasan de moda –y perecen–, otras no. El destino del reguetón está cantado. Y esa amplia gama de géneros que ahora pulula en estos tiempos, incluido uno identificado curiosamente como “urbano”, parecen llevar la misma carta marcada. Ante esto, ¿tiene sentido hablar de la inmortalidad del bolero? Tanto, quizá, como hablar de la obstinada insistencia de los despechos y el mal de amores en la línea de vida que une a nuestros abuelos con nuestros nietos. El día en que dejemos de querernos, de antojarnos los unos con los otros –con o sin derecho, y especialmente si no lo tenemos–, ese día dejaremos de cantarnos. Ese día, al fin, el bolero podrá morir en paz. Y, con él, todos estos géneros que, más que pertenecemos, nos dicen y nos definen, que nos ponen cara y nombre en un espacio de la humanidad. Ya no habrá necesidad de rancheras y José Alfredo Jiménez podrá morir de una buena vez. Para qué los lamentos de Camarón de la Isla; despídanse Serrat y Sabina; olvídate Juan Gabriel y, contigo, aunque parezca imposible y extremo, hasta Jobim y el poeta Vinícius. Hablo de todos los géneros porque todos –cuando cantan lo urgente y lo verdadero, la poesía rápida, callejera y cotidiana que nos marca y es inevitable– convergen en la melaza de la misma razón y del mismo sentimiento. Para qué Cerati o Fito Páez; la Lafourcade sin aire por más del salvavidas del mismísimo Agustín... Para qué tantos compositores, tantos cantores, tantos oyentes ansiosos y empecinados. Todo al olvido. Cerremos, pues, el baúl de lo que hemos sido y lancémoslo al abismo. Borremos sin remordimiento el acervo de generaciones y a otra cosa.

Pero todo lo anterior, obviamente, es un despropósito. Un imposible que nos niega. El sinsentido no tiene cabida y, por ello, entre tantas otras expresiones floridas y maravillosas, la salsa –esta salsa, esta euforia musical de la que se ocupa este libro– sigue intacta. Algunas músicas nuestras lloran al cantar las dificultades de la vida, la cotidianidad y el amor. La salsa, aun llorándolas, prefiere bailarlas y hasta reírse de ellas, es su privilegio feliz.

En estos trece años, así como la vida ha continuado su andar, la muerte, su inevitable carnal, no ha dejado de hacer lo suyo. Lamentablemente, no es corta la lista de entrañables y queridos músicos

que nos han abandonado. Rindo tributo emocionado a la memoria de soneros como Ibrahim Ferrer, Tito Gómez y el gran cartagenero Joe Arroyo; Pablo Lebrón, líder de los famosos hermanos, y Junior González; Marvin Santiago, Ismael Quintana, Ronnie Baró y Héctor Casanova con su voz atronadora. Dos venezolanos de leyenda desde los tiempos de las grandes orquestas de mediados del siglo pasado, Rafa Galindo y Memo Morales. Y, de manera muy especial, el aplauso inagotable para José Luis Feliciano Vega, el gran *Cheo*, de las voces más cálidas y sinceras que conociera esta música. Líderes de bandas importantes como Quique Luca, Tommy Olivencia, Porfi Jiménez, Renato Capriles, Juan Formell, padre de los Van Van cubanos, y el gigante, no solo de tamaño, Ray Barretto. Se nos fue Joe Cuba, y también su compañero, cantante y timbalero en los gloriosos tiempos del sexteto, Jimmy Sabater. Entre paileros, perdimos el timbal más pesado y vigoroso que conociera esta música, Manny Oquendo. Se fue el gran conguero neoyorquino Milton Cardona, y también el auténtico padre de este instrumento, el cubano Carlos *Patato* Valdés. El bajista Eddie Guagua Rivera, el flautista Dave Valentín, y el mejor representante de la inmortal trompeta cubana, Alfredo *Chocolate* Armenteros. Y quiero dejar un tributo especial, inmenso, para el maestro Aldemaro Romero, el prolífico compositor, pianista y director de orquesta venezolano. Su obra es tan amplia que abarca, con solvencia y riqueza, desde la música popular hasta la académica, y si bien hoy se le recuerda principalmente por la Onda Nueva, género de su invención, no se puede olvidar su aporte de primer orden a la música popular yailable del Caribe. Su orquesta –y los primeros capítulos de este libro dan cuenta de ello– fue referente obligatorio a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta en toda esta region musical. Los maestros –Puente, Bauzá, Rodríguez– mencionaban su nombre con reverencia; los músicos y los melómanos, incluidos los jóvenes de hoy, lo siguen haciendo.

Entrego, pues, esta nueva edición de *El libro de la salsa*. Confío en que la música que lo alentó siga insuflando bríos y entusiasmo en los nuevos lectores de la península que ahora abran sus páginas. Hay una rumba que baña desde el sur andaluz y que en su subida hasta se